

Breve biografía del Mariscal Andrés A. Cáceres

por Alberto Tauro

En tiempos ya remotos, creían los pueblos que sus reyes y sus conductores estaban destinados a la inmortalidad; y al lado de los dioses, o convertidos en dioses ellos mismos, eran las sombras tutelares que velaban por la seguridad y el bienestar de los hombres. Por eso imaginaron los romanos que su primer rey había sido arrebatado durante una tempestad, y sobre un carro veloz había ascendido al cielo, mientras las nubes descargaban rayos y relámpagos sobre la tierra; y los judíos creyeron que el profeta Elías había sido igualmente arrebatado hacia el cielo en medio de un torbellino, y sobre un carro de fuego halado por caballos también de fuego. Quizá creyeron que esa transición los liberaba de las debilidades y riesgos, de las urgencias y las pasiones de la carne; les infundía serenidad, videncia y fuerza para velar, desde sus inmarcesibles alturas, por la dicha de sus respectivos pueblos; y se sublimaba así su figura hasta convertirse en un recuerdo venerable y un vínculo espiritual de la comunidad.

No obstante el paso del tiempo y los progresos de la razón práctica, se ha pensado en nuestros días que los héroes sólo son tales cuando la muerte corta el frágil hilo de su vida durante una acción armada; y se ha llegado a despojar su imagen de otras facetas, para proyectar toda la luz del entendimiento hacia el final sacrificio de su existencia y exaltar su ejemplaridad en la memoria. Pero en cada hombre debe apreciarse la suma de sus actos, para comprender la mayor o menor grandeza de su culminación; y se apreciará que el heroísmo es la madura revelación de una actitud vital. Nace de la entrega personal ante el cumplimiento del deber; bulle espléndidamente en su oposición a la adversidad; y, si la muerte denota la generosa determinación que anima al héroe, deberá comprenderse que su eventual supervivencia prolonga el abnegado compromiso que lo liga con el destino de su pueblo. De modo que la antigua asociación entre el heroísmo y la muerte refleja sólo una forma del pensamiento mítico; y, en rigor, ignora que la mejor explicación de la muerte se da en función de la intensidad y la continuidad de la vida.

Lo dicho se comprueba en cuanto destacamos la incomprensión que se ha cernido a veces en torno al heroísmo del general Andrés A. Cáceres: pues, atendiendo a la circunstancia de haber sobrevivido a su propia gesta, se ha pretendido que su grandeza fue contaminada por las turbias alternativas que luego se le opusieron. Tal como lo advertimos en las reticencias que Manuel González Prada deslizó en el elogio del guerrero:

Hace frente a los enemigos de fuera y a los traidores de casa. Palma a palma defienden el territorio, día a día expone su pecho a las balas chilenas y peruanas. No se fatiga ni se arredra, no se abate ni se desalienta. Parece un hombre antiguo, vaciado en el molde de Anibal... Si hubiera sucumbido en Huamachuco o en alguna de las cien escaramuzas de la Breña, el Perú se enorgullecería hoy con una trinidad gloriosa, formada por Grau, Bolognesi y Cáceres. Pero fue respetado por las balas: algunas veces el plomo nos hace más daño al no herirnos que al atravesarnos el corazón¹.

Y ajustando su concepto a ese modelo, Jorge Basadre bosquejó un claroscuro del héroe, al mitigar las luminosas dimensiones de su acción militar con los sombríos efectos de las miserias usuales en la política criolla:

Sólo le faltó una cosa a Cáceres para su consagración... apoteósica: morir en Huamachuco. Al ser salvada su vida hubo en ella una transmutación: el guerrero se volvió un caudillo. No fue él a la política, sino ella lo buscó en su tienda de campaña... Pero las vociferaciones y los cuchicheos y los esputos y los disparos y las serpentinadas y las guirnaldas y las embriagueces y las llagas de la política no borraron el recuerdo de la Breña; de la misma manera el lodo resbala sobre el granito².

En síntesis, podrá advertirse que la visión del héroe caído es asociada con el mito y la leyenda; o corresponde al final de un drama clásico; o entraña un legado para la edificación moral del pueblo, o un motivo de duelo y expiación colectiva.

Creemos que no es correcto aplicar tales concepciones a la figura histórica del general Andrés A. Cáceres: porque la muerte de un héroe marca sólo un momento crítico de la gesta en la cual se inmola, pero no clausura el destino del país que lo acunó; y al prevalecer sobre la adversidad, mantuvo aquel su altiva misión de conductor, infundió fe y esperanza a las gentes hostigadas por la saña enemiga, y con la incesante movilidad de sus maniobras alcanzó la fama de un genio tutelar. Fue "el Brujo de los Andes". Forjó ejércitos, con masas colecticias y armas improvisadas; triunfó

1 Cf. *Bajo el oprobio* (París, Tipografía de Louis Bellenad et fils, 1933), p. 56.

2 Cf. su "Efigie de Cáceres". En *Historia de la República* (3ª ed.).

sobre los escépticos y los egoístas; ganó batallas; y a pesar de mil factores adversos, alentó con sus acciones la perspectiva de una victoria final. Aun después de la gloriosa derrota experimentada en Huamachuco, inspiró temores la nueva fuerza que empezó a reclutar; labró el fracaso de una expedición que en esas circunstancias creyó posible exterminarlo; y, suscrito ya el Tratado de Ancón, los propios vencedores alentaron cierta zozobra ante la insoslayable presencia del caudillo y su vigilante oposición a las adversas condiciones que aceptaron los negociadores peruanos. Hízose preciso que el jefe de la ocupación chilena enviara un parlamentario al cuartel general que el breñero había establecido en Huancayo, a fin de solicitarle una precisa declaración sobre la actitud que asumiría; y, no obstante aceptar el hecho consumado, su gallarda respuesta señaló a los invasores el camino del regreso, porque el heroico fervor de las batallas trascendía entonces hacia la reconstrucción del país. Dijo, con la precisión que siempre lo caracterizó:

El gobierno chileno ha conseguido todo lo que ha querido. Ahora debe retirar su tropa para dejar libre al Perú, pues mientras me quede un hombre con un rejón, flameará en alguna puna el pabellón nacional, y continuaré luchando³.

En ese momento debió aparecer enhiesto y fogoso. Y se intuye que en su pensamiento debió efectuar una rápida evaluación de la coyuntura: pues su disciplina de soldado lo incitaba a considerar el Tratado como una tregua, cuya duración estaba fijada por los diez años del cautiverio que sufrirían las provincias de Tacna y Arica; y a planear sus trabajos futuros para preparar el país, hasta ponerlo en condiciones de exigir el respeto de ese plazo o sortear las contingencias que impusiese su incumplimiento. El incansable organizador de la resistencia sería desde entonces el gobernante, que enderezaría al país hacia la reintegración de su territorio desgarrado. Y, en consecuencia, el héroe no bajó la guardia. Aplicó su voluntad ordenadora, en el esfuerzo por superar los efectos del desconcierto y rehabilitar la administración pública. Cumplió las más ásperas tareas. Y su mente previsoramente oteaba ya las luces del día en el cual se venciese aquel plazo, y nuevamente se le requiriese para defender el suelo de la patria, cuando una extraña conjuración exigió su apartamiento de la escena pública. Tal vez fue aquel su momento más amargo. Pero ningún héroe se yergue contra su propio pueblo. Y prefirió el retiro y la distancia, para confiar al tiempo los perfiles consagratorios de la gesta que había protagonizado.

³ En sus *Memorias*, según la redacción de Julio C. Guerrero (Lima, editor Carlos Milla Batres, 1973). Cf. p. 260.

Los primeros años

Andrés A. Cáceres ⁴ nació, en Ayacucho, el 10 de noviembre de 1836 ⁵.

Aquella quieta y señorial ciudad, fundada en los primeros años de la conquista española, a mitad del camino que unía Lima y Cuzco, se extiende sobre un llano y virtualmente se halla circundada por tres cerros —Acuchimay, Ñahuinyacu y Picota—, que la protegen de los vientos andinos y hacen benigno su clima. Sus vecinos, sacudidos por el establecimiento de la Confederación Perú-Boliviana, entretenían entonces sus veladas con los recuerdos de las confusas y sangrientas campañas y las insólitas crueldades que ella motivara; pero en el retiro de sus viejas casonas podían solazarse nuevamente con la paz que siempre hallaron en su relativo aislamiento, entre las nubes de incienso y los sonoros tañidos de campanas que elevaban hasta el aire sus contriciones y su piedad ceremonial; y mientras los señores volvían a la rutina, que apenas era alterada por los ciclos estacionales de sus explotaciones agrícolas, los indios amestizados desplegaban sus habilidades en la imaginería religiosa o sus policromos tejidos, y desde los campos afluían al mercado las pobres y rústicas gentes del agro.

Sus padres, Domingo Cáceres Oré y Justa Dorregaray Cueva, alentaron un volcánico romance; y llegaron al matrimonio a pesar de oposiciones familiares, que tal vez tuvieron asidero en las diferencias cronológicas de los enamorados, o en algún resentimiento habido entre sus ascendientes. El, hijo de un terrateniente acaudalado, profesó notorias simpatías por la causa libertadora; en Lima suscribió el acta de la independencia, que el pueblo aprobó en sesión de cabildo abierto (15-VII-1821); y después de la capitulación impuesta a los realistas en los campos de Ayacucho consagróse a las faenas agrícolas al lado de su progenitor, Tadeo Cáceres ⁶. Ella, hija de Emeterio Dorregaray y Benedicta Cueva, asociaba las recias influencias del paterno tronco vasco y de la herencia indígena que la vinculaba con la legendaria Catalina Huanca y la estirpe de los caciques Apo Alaya. De

⁴ A base de alguna transcripción de la extraviada partida de bautismo, se ha establecido que sus padres lo llamaron "Andrés Alfredo". Pero en los años iniciales de su carrera acostumbró firmar "Andrés A."; con cierta libertad, sus coetáneos lo llamaron "Andrés Avelino"; y, lejos de rechazar la falsa atribución de tal nombre, el propio interesado la aceptó, y así suscribió numerosos instrumentos públicos.

⁵ Guiado por testimonios de los descendientes, Jorge Guillermo Leguía afirmó que Andrés A. Cáceres nació el 4 de febrero de 1833. No obstante, el dato nos parece equivocado. Primero, en cuanto al año: pues, al interrumpir sus estudios escolares en 1854, habría estado próximo a cumplir los 21 años, y tal edad habría sido excesiva para el hijo de una familia acomodada y de inteligencia clara. Segundo, en cuanto al día: pues, si bien es ese el día de San Andrés en el santoral cristiano, el 10 de noviembre lo es de San Andrés Avelino; y juzgamos que el hecho de celebrar su cumpleaños el 10 de noviembre indujo a sus amigos y subordinados a concebir que la "A" usada en su firma correspondía al nombre de "Avelino". Tercero, porque al sentar plaza en el ejército, en 1854, declaró contar 18 años (y aunque no los había cumplido, no dejaba de ser exacto que corría el 18º año de su vida); y en 1864 confirmó tal afirmación, pues en su primera foja de servicios se le asignaron 26 años de edad.

⁶ Suele destacarse que su abuelo paterno era "español". Creemos que tal afirmación reproduce el criterio de la administración virreinal y aun de los registros parroquiales, que juzgaba "españoles" a los blancos.

manera que la formación hogareña decantó una fecunda amalgama de tradiciones y enseñanzas, en la conciencia de Andrés A. Cáceres.

Durante los nebulosos años de su infancia pudieron excitar su imaginación las andanzas que los Cáceres cumplieron, desde el siglo XVI, en la milicia indiana o en diversos oficios de la administración; o los mañosos artificios que desplegó el cacique jaujino para mantener su lealtad a las creencias de sus mayores, y para guardar el secreto del lugar donde escondiera los tesoros de Pachacamac. Retozó con niños indígenas, en su casona ayacuchana o en las haciendas paternas; y no sólo adquirió pleno dominio del quechua, sino una cálida comprensión del cuadro social y la peculiar psicología del poblador andino. A través de esa relación ingenua inspiró y prodigó afectos; y si a veces pudo suscitar alguna admiración, merced a su figura bizarra y su mirada penetrante, no debe ignorarse que en sus tratos supo ofrecer a esas gentes el amparo necesario, generosidad oportuna y simpatía. Así hizo el aprendizaje de humanidad, que tanto aplicaría en sus experiencias militares.

Quizá recibió las primeras lecciones en su propio hogar, o tal vez frecuentó la escuela de primeras letras que a la sazón regentaba el profesor Antonio Riofrío; y, pasados los años de la infancia, estudió en el Colegio de Ciencias de San Ramón, que en su ciudad natal se inauguró el 31 de agosto de 1849. Cursó gramática y retórica, latinidad, matemáticas y filosofía; a través de las lecturas comentadas en el aula conoció los rudimentos de la historia y la geografía nacionales, y empezó a precisar los contornos de figuras legendarias o los rasgos geniales de antiguos gobernantes y guerreros; y con las prácticas rituales asoció el conocimiento de los relatos bíblicos y los dogmas cristianos. Pero muy pronto sintióse insatisfecho, al discurrir entre la rutinaria asistencia al colegio y la participación vacacional en las preocupaciones agrícolas. Su inquietud juvenil, acrecentada por la monotonía de la vida local, evocó los horizontes de lejanos atractivos. Y de pronto sintióse cautivado por la motivación que suscitara el general Ramón Castilla, al iniciar en Arequipa un pronunciamiento contra el gobierno del general José Rufino Echenique: pues, movido por sus ideales juveniles, quiso coadyuvar al propósito de corregir los desarreglos económicos y políticos que la opinión atribuía al mencionado régimen. Enteróse de la marcha que llevó al caudillo hasta Cuzco. Seguramente lo vitoreó durante su ingreso a la señorial y apacible Ayacucho. Y llevó su entusiasmo hasta abandonar sus estudios, para solicitar un puesto en las filas del ejército revolucionario.

Iniciación en el Ejército

Andrés A. Cáceres sentó plaza en el batallón "Ayacucho" (13-V-1854) con el grado de subteniente y a las órdenes del general Fermín del Castillo, que había sido encargado de formar y disciplinar esa unidad. Pudo apreciar la docilidad y la resistencia física demostrada por los jóvenes andinos en los ejercicios de cuartel, así como antes los viera prodigar su alegría

en los trabajos del campo. Afianzó su simpatía por la causa revolucionaria, cuando el general Ramón Castilla decretó en Ayacucho (5-VI-1854) la abolición del tributo indígena; en campaña, bajo el comando del caudillo, pasó luego a Huancayo, donde aquel ratificó su liberalismo práctico al decretar la abolición de la esclavitud (3-XI-1854); y en las inmediaciones de la capital concurrió a la decisiva batalla de La Palma (5-I-1855), durante el ataque final a las posiciones del gobierno combatido. Así definió tal vez el camino de su vida: pues, muy bien pudo incorporarse a la azarosa empresa revolucionaria con ánimo de trocar la rutina por la aventura, o para contribuir al restablecimiento de los valores cívicos y morales que habría avasallado el régimen presidido por el general José Rufino Echenique; pero la experiencia adquirida en el fragor de la campaña le descubrió inmediatamente la influencia que el cuartel puede ejercer en la formación del carácter; y como ya pudo avizorar los vastos horizontes del arte militar, orientó sus desvelos hacia el estudio de los secretos marciales.

Al mismo tiempo hubo de atender a los intensos debates y las turbulencias del momento. De modo ostensible merodeaban los políticos en torno a los cuarteles, para satisfacer intereses personalistas mediante el apoyo de la fuerza; y algunos jefes militares cortejaban a los políticos, para insuflarse con el aura que suele urdir la adulación; pero las reglas consagradas en los reglamentos determinaban claramente que la fuerza armada estaba destinada a cautelar la defensa nacional y el orden institucional; de modo que en esa fase de su formación profesional debió reconocer Andrés A. Cáceres que la moral del ejército puede ser peligrosamente socabada por las intrigas en las cuales se conjugan ambiciones y pasiones, y decidió ajustar sus servicios a los términos fijados por la ley.

En Lima fue testigo del amotinamiento encabezado por el general Fermín del Castillo (15-VIII-1856), para desahogar una rencilla personal contra el presidente Ramón Castilla; asistió a la promulgación de la constitución liberal (18-X-1856), que a través de arduos debates elaboró la Convención Nacional; y conoció alarmantes noticias acerca del levantamiento que en Arequipa iniciara a la sazón el general Manuel Ignacio de Vivanco (1º-XI-1856), en franca oposición al extremoso liberalismo de esa carta política. Fue entonces destacado a Tacna, en las filas de la 2ª compañía de su batallón; y, reforzando así la guarnición de esa ciudad, secundó la afortunada acción que dirigió el prefecto Mariano Pío Cornejo, para rechazar las fuerzas que desde Moquegua conducía el coronel Lorenzo de la Flor. Recomendado por su celo, y por la iniciativa desplegada en escaramuzas y operaciones de hostigamiento, fue sucesivamente promovido a teniente graduado (27-I-1857) y efectivo (12-VI-1857). Incorporado luego a la división comandada por el general Miguel San Román, marchó sobre Arequipa; tomó 30 prisioneros durante el combate de Yumina (29-VII-1857), librado contra unidades desprendidas desde el centro de la rebelión; y contribuyó a mantener el cerco de la ciudad mistiana.

Desde Lima, llegó en esas circunstancias el general Ramón Castilla;

dispuso una nueva distribución de sus fuerzas, para acentuar la dureza del asedio; en Sachaca instaló piezas de artillería, cuyos proyectiles agregaron nuevas zozobras a las que ya sufría la población sitiada; y día a día rechazaron sus avanzadas a los impacientes arequipeños que se atrevían a desafiar la vigilancia. Con sus hombres, el teniente Andrés A. Cáceres ofreció muestras de valor en sucesivos encuentros, y suscitó la felicitación o la severa crítica de sus superiores. Por ejemplo: a las órdenes del general Miguel San Román participaba en una operación de reconocimiento (30-XI-1857) y, hallándose próximos al lugar denominado Siete Chombas, se les opuso un numeroso contingente, en formación de guerrilla; al frente de la 2ª compañía del Batallón "Ayacucho" adelantóse inmediatamente a repelerlos, y lo hizo con tanto ardor que penetró hasta las primeras calles de la ciudad; pero hubo de emprender la retirada al escuchar el respectivo toque de corneta ordenado por su jefe, y al reunirse con éste escuchó una airada amonestación, porque su temeraria penetración en las filas del adversario lo había expuesto a una maniobra envolvente. E inclusive recibió entonces una lección inolvidable, que a lo largo de los años pudo sugerirle muchas reflexiones en torno a las concepciones básicas y la práctica de la guerra:

—Esto no es un juego de muchachos. Su arrojo es de bárbaro.

No obstante, sus notorias virtudes militares fueron pronto estimuladas con un nuevo ascenso, a la clase de capitán graduado (11-I-1858). Desplegó su característico denuedo en el combate de Bellavista (13-I-1858), en la comprensión de Tingo. Y cuando el presidente Ramón Castilla decidió tomar por asalto la ciudad de Arequipa, destacó al capitán Andrés A. Cáceres en una operación destinada a abrir brecha en las posiciones de los defensores (6-III-1858). Luego le encomendó avanzar hasta la iglesia de San Pedro, y colocar allí la bandera de su compañía para orientar y alentar el ataque de las fuerzas gobiernistas; y avanzó porfiadamente, parapetándose durante breves instantes en las casas del vecindario o tras los muros caídos; pero cuando alcanzó a cumplir sus objetivos comprobó que en la acción había perecido la tercera parte de sus soldados y el agua de la acequia callejera se hallaba enrojecida con su sangre. Calle abajo quedaba todavía el fortín establecido en las torres de la iglesia de Santa Marta; y al volver la esquina, siguiendo el llamado callejón de Santa Rosa, las fuertes posiciones afianzadas en las torres de la iglesia de este nombre. Hacia ellas prosiguió la aguerrida columna; tras esforzadas maniobras tomó posesión del lugar; desde sus eminentes miradores tendió una atenta vigilancia sobre los movimientos efectuados en las proximidades; y ya habían amainado los fuegos, en horas de la tarde, cuando una bala disparada desde Santa Marta hirió gravemente al capitán Andrés A. Cáceres. Penetró por el párpado inferior de su ojo izquierdo y salió por la oreja; y como allí quedara inánime, con el rostro malamente necrosado y sanguinolento, diósele por muerto. Pero se le reconocieron señales de vida, cuando fue empezada la triste tarea de remover los cuerpos yertos. Se le prestaron los auxilios oportunos. Y se cuenta que durante la visita efectuada al hospital, para confortar a los he-

ridos, el presidente Ramón Castilla comentó en forma premonitoria su salvación:

— Herida grave, muy grave, que no es mortal. Dios lo reserva, sin duda, si, lo reserva para grandes cosas.

Con la antigüedad de aquella meritoria acción (6-III-1858), se le reconoció la clase de capitán efectivo. Mitigado así su padecimiento físico, permaneció en el hospital de Arequipa hasta que fueron vencidas las peligrosas secuencias de su herida; y a manera de adelanto de su sueldo se le dieron 200 pesos, para que atendiera a sus necesidades mientras durase el tratamiento ambulatorio que debía asegurar su curación. Luego retornó a Lima. Se reincorporó a las filas de aquella 2ª compañía del Batallón "Ayacucho", a cuyo frente había cumplido acciones y misiones que aún eran tema de comentarios entre sus compañeros de armas. Y dolorosamente aquejado por la herida —que entonces dio motivo para que sus amigos lo llamaran "el Tuerto"—, solicitó (21-XII-1858) la suspensión de los descuentos ocasionados por el mencionado adelanto, pues la parte restante no le permitía sufragar la requerida asistencia médica. Y en forma tan pausada como activa se aplicó a las rutinas del cuartel.

Experiencias internacionales

Lentamente se recuperaba el país de los daños que le ocasionara la guerra civil; y con metódica prudencia restañaba el gobierno los excesos cometidos por la intolerancia. Pero en forma sorpresiva descorrióse el velo de una secreta amenaza contra la soberanía nacional: pues, al mismo tiempo que el Perú afrontaba las tensiones originadas por la pasada revolución, Ecuador había otorgado a sus acreedores británicos una vasta concesión de tierras (21-IX-1857) en la zona del río Pastaza, correspondiente a las antiguas gobernaciones de Quijos y Canelos; y, además de haber atentado así contra la legítima y continuada posesión de una preciosa parte del territorio peruano, había auspiciado el peligroso establecimiento de un enclave colonial en la América libre. Aunque inútilmente, el plenipotenciario peruano había protestado ante el gobierno de Quito por tal exceso; y había optado por dar término a su misión (6-VIII-1858), en vista de las argucias a las cuales apeló el susodicho para esquivar una adecuada respuesta. Con autorización del Congreso, el presidente Ramón Castilla ordenó el bloqueo de la costa ecuatoriana (X-1858); pero condicionalmente accedió a suspenderlo (31-VIII-1859), en atención a las gestiones del plenipotenciario español; y como Ecuador carecía entonces de una autoridad apta para asumir el cumplimiento del compromiso, confióse el arreglo final de la disputa a una expedición militar.

Con la I División, a órdenes del general Juan Buendía, marchó el Batallón "Ayacucho"; y en sus filas zarpó del Callao el capitán Andrés A. Cáceres (30-IX-1859), a bordo del transporte "Huarás". Llegado a Paita (5-X), se estableció el ejército en la amena planicie de La Huaca, donde

el presidente le pasó revista (21-X); y trasladóse a la isla de la Puná (6-XI), a fin de organizar allí la aproximación a la costa ecuatoriana. Procedió luego a remontar el curso del río Guayas (13-XI), observando atentamente los movimientos efectuados en tierra; y al desembarcar el presidente en Mapasingue (25-XI), debió hacerlo también el capitán Andrés A. Cáceres, al frente de 25 cazadores del batallón "Ayacucho" que le sirvieron de escolta. Luego se precipitaron los hechos, hasta condicionar la solución del conflicto; pues el general Ramón Castilla se entrevistó en ese lugar con el general ecuatoriano Guillermo Franco, jefe supremo en el departamento del Guayas y el Azuay, y ambos formalizaron los términos de un armisticio (3-XII-1859); sin hallar la menor resistencia fue ocupada la ciudad de Guayaquil (7-I-1860), por cuyas calles desfilaron el ejército peruano entre los aplausos del pueblo; y, por haberse superado la coyuntura bélica, el aguerrido Batallón "Ayacucho" embarcóse en el vapor mercante "Lima" (20-I-1860), que arribó al Callao cinco días más tarde, o sea, cuando eran suscritas en Guayaquil las generosas estipulaciones del tratado de paz que restableció las normales relaciones entre los dos países, y se inició el ordenado retorno de las fuerzas armadas peruanas.

Otra vez consagróse el capitán Andrés A. Cáceres a las tareas exigidas por la instrucción y el ejercicio de la tropa. Aplicó a ellas el entusiasmo y el dinamismo propios de sus años mozos; y, de modo excepcional, puso en juego una hábil conjunción de sus dotes de mando y su humana preocupación por los problemas personales de sus subordinados, a quienes en caso necesario interpeleaba en su lengua nativa, para doblegar su natural reserva y las limitaciones de su expresión en español. A todos exigía el cumplimiento de las normas disciplinarias; corregía negligencias y errores, llamando a cada soldado por su nombre; y sabía atenuar la rigidez cuando era preciso admitir la justa causa de una disculpa. Forjó así la cohesión y la eficiencia de su compañía. Y, desde luego, consolidó el prestigio que antes ganara con su valentía.

Demostrativo gesto de reconocimiento ofrecióle a la sazón el presidente Ramón Castilla, al nombrarlo (10-I-1862) ayudante de la legación que en Francia desempeñaría Pedro Gálvez Egúsqüiza: pues, aparte de considerar su colaboración en las tareas que el plenipotenciario juzgase oportuno encomendarle, tuvo en cuenta la posibilidad de que se sometiese en París a la intervención de los cirujanos que reparasen la ostentosa herida de su rostro. Y los largos meses de su estancia en la hermosa ciudad fueron una incesante revelación: no sólo por la intensidad de la vida que allí se ha desenvuelto siempre, sino por ser entonces un centro político sensible a los acontecimientos del mundo y, por lo tanto, un permanente estímulo para su inquieta preocupación por el destino de la tierra nativa. Así como al principio del siglo se desprendieron de España sus posesiones americanas, asistíase entonces a un vasto movimiento de liberación y unificación de las nacionalidades europeas sojuzgadas. Las potencias excitaban la descomposición del Imperio Otomano y, en tanto que parecían favorecer el reconoci-

miento de los estados emergentes, intrigaban para imponer en ellos su influencia. Por ejemplo: cuando Alejandro Juan Cuza unificó los principados de Moldavia y Valaquia, y proclamó la fundación de la nacionalidad rumana (23-XII-1861), al mismo tiempo obtuvo un triunfo decisivo sobre los turcos y preparó las bases de una lucha contra el propósito austriaco de limitar esa unificación a la vida del príncipe; perspectiva semejante denotan los conflictos sostenidos por serbios y montenegrinos contra Omar Pachá (1862); y, desde luego, el advenimiento del rey Jorge I en Grecia (III-1863), a consecuencia de la revolución que depuso al impopular Otón I (X-1862). Hacia el este, Rusia inició su modernización, al abolir la esclavitud (19-II-1861), promover la instrucción pública y moderar la censura; pero ejerció la intransigencia característica del régimen zarista, oponiendo una violenta represión contra los movimientos iniciados por los campesinos en demanda de tierras y contra el levantamiento nacional polaco (1863). En Italia se extendió el movimiento unitario; Víctor Manuel fue proclamado como rey (17-III-1861); se dio origen a la llamada "cuestión romana" al declararse que Roma era la capital del nuevo reino (27-III-1861); y Guiseppe Garibaldi, que organizó en Sicilia la primera campaña enderezada a lograr la anexión de la ciudad santa, fue derrotado en Aspromonte (29-VIII-1862) pero no cesó en sus patrióticos empeños. Y en Prusia, donde Otto von Bismarck asumió (IX-1862) las funciones de primer ministro, inicióse una "política realista", principalmente basada en la fuerza prominente del ejército y proyectada hacia el establecimiento de la hegemonía prusiana sobre la confederación germánica. Pero eso no era todo: porque en el Viejo Continente se otorgaba especial atención a los sangrientos episodios de la guerra de secesión que oscurecía la vida en Estados Unidos; eran capciosamente seguidas las turbulencias políticas de la América Latina; y, tanto en las sesiones de gabinete como en la prensa, discutíanse con frecuencia tendencias intervencionistas. Ya éstas se habían cristalizado en la anexión de la República Dominicana a España (18-III-1861), en virtud de la vergonzosa petición que cursara el general Pedro Santana al afrontar los amenazantes resultados de una guerra civil. Y fundamentalmente, en las reclamaciones conjuntamente planteadas por Francia, Inglaterra y España ante el gobierno reformista de Benito Juárez; apoyadas con el impresionante despliegue de sus flotas a la vista del puerto de Veracruz, que fue ocupado por fuerzas españolas (XII-1861); y que, no obstante el retiro dispuesto por Inglaterra y España después de llegar a un acuerdo, condujeron a la declaratoria de guerra formulada por Francia, y a la aventurada imposición del desdichado archiduque Maximiliano de Austria como emperador de México (1862).

Hechos tan ilustrativos e intrincados fueron animadamente comentados durante las veladas en las cuales se reunieron el plenipotenciario Pedro Gálvez Egúsqiza y el capitán Andrés A. Cáceres. Pero es obvio que la sensibilidad del joven guerrero debió detenerse a considerar los cambios efectuados en la táctica y la estrategia, debido a la creciente presencia del pueblo

en las luchas armadas: pues el enfermo Imperio Otomano se desmoronaba por su incapacidad para hacer frente a las aspiraciones liberadoras que movían a las minorías nacionales de sus regiones fronterizas; la adhesión del pueblo a la lucha armada contra las supervivencias feudales confería pujanza al movimiento de unidad italiana; y bastaba el amor que el pueblo mexicano profesaba a su independencia y sus tradiciones nacionales, para hacer incontrastable su enfrentamiento a los ejércitos extranjeros. De modo que su estancia en el Viejo Mundo constituyó una fecunda experiencia; y cuando el gobierno dispuso su regreso al país (10-VIII-1863) tuvo nuevos puntos de vista, para juzgar los acontecimientos que agitaban su desenvolvimiento.

Llegado a Lima, permaneció suelto en plaza durante dos meses. A la postre, se le confió una compañía del Batallón "Pichincha N° 3", acantonado en Huancayo. Ordenado entonces su traslado a la capital, únicamente quedó en la ciudad andina aquella compañía, pero en cuadro, y se le encargó completarla con reclutas e instruirlos apropiadamente, antes de unirse a su unidad. Y al cumplir tales tareas se le otorgó el ascenso al grado de sargento mayor (1°-XII-1863). Precisamente, crecía en esos días la intranquilidad pública, debido a la inesperada secuela de los incidentes ocurridos en la hacienda Talambo con los colonos vascos que su propietario había contratado, la campaña antiperuana desplegada por ello en España, la amenazadora presencia de la Escuadra Española del Pacífico en aguas del Callao (XII-1863), la insólita aparición de un "Comisario Regio" que España había acostumbrado acreditar para el arreglo de asuntos coloniales (18-III-1864), y la usurpatoria ocupación de las islas de Chíncha (14-IV-1864). No es difícil imaginar la impresión que tales hechos produjeron en el ánimo del sargento mayor Andrés A. Cáceres, si se tiene en cuenta su reciente experiencia europea: pues los atentados que las potencias cometían con los pueblos débiles alentaban las ilusiones reivindicatorias de España; pero ninguna coalición turbia había prevalecido sobre la aptitud de los pueblos para defender su libertad y sus legítimos intereses; y la dignidad del Perú no se conciliaba con la debilidad y las intenciones conciliatorias que adoptaba el gobierno presidido por el general Juan Antonio Pezet, ante las tardías pretensiones españolas. Sin ambages lo expresaba entre sus amigos, e inclusive en las charlas del cuartel. Enteróse de ello el Ministro de Guerra, general Manuel de la Guarda; y, creyendo coactar así el descontento del ejército, ordenó su arresto y su inmediata reclusión en un buque de la armada. Pero su opinión era compartida por otros oficiales, y en diversas unidades; de modo que muy pronto tuvo numerosa compañía; y sin dilucidar responsabilidades, ni permitirles allegar algún socorro, todos fueron desterrados a Chile.

Los oficiales de la nave estaban quizá animados por convicciones semejantes; y, accediendo a los deseos de los proscritos, les permitieron embarcar en Mollendo. Desde ese puerto, el sargento mayor Andrés A. Cáceres encaminóse con presteza hacia Arequipa, donde el coronel Mariano

Ignacio Prado había iniciado una revolución (28-II-1865) contra el claudicante gobierno del general Juan Antonio Pezet, y había denunciado los inconvenientes términos del Tratado Vivanco-Pareja (27-I-1865). Incorporóse a sus filas; y, adscrito al Batallón "Puquina N° 15", secundó la campaña conducida por el nuevo caudillo. Pasó primero a Cuzco, donde el ejército revolucionario fue concentrado y organizado; y, en virtud de una orden general, se le otorgó la efectividad en la clase de sargento mayor (13-VI-1865), y se acordó su transferencia al Batallón "Arequipa" N° 14". Luego siguió a Abancay y Andahuaylas; a su nativa ciudad de Ayacucho, donde fue ascendido al grado de teniente coronel (3-VII-1865), en atención a sus servicios en la marcha del ejército revolucionario; y, a través de Huancavelica e Ica, Chíncha y Pachacamac, hacia la capital. Concurrió a la toma de la ciudad (5-XI-1865) y al asedio tendido en torno al Palacio de Gobierno, donde al día siguiente se rindió el Estado Mayor de las fuerzas adictas al presidente Pezet.

De acuerdo con los propósitos que habían inspirado el movimiento revolucionario, el nuevo gobierno inició la preparación de la defensa contra los actos agresivos de la Escuadra Española del Pacífico. Una de sus providencias inmediatas dispuso que el teniente coronel Andrés A. Cáceres fuese destacado a las fuerzas de artillería estacionadas en el puerto del Callao; y, suponiéndose que allí debía efectuarse la esperada ofensiva de las naves extranjeras, demostrábase así la confianza que merecían sus dotes militares. Asumió la jefatura del llamado fuerte "Ayacucho", emplazado en la línea septentrional, entre las torres de "La Merced" y "Junín". Procedió a instalar dos cañones Blackely, de 350 mm., acumuló discrecional cantidad de pertrechos, y agregó parapetos protectores; y además entrenó en el manejo de las armas a sus 46 soldados, y distribuyó tareas a los 30 voluntarios que acudieron desde Lima al hacerse inminente el ataque. Durante éste, el 2 de mayo de 1866, le tocó responder a los fuegos de la fragata "Villa de Madrid", que fue seriamente averiada y requirió auxilio para alejarse del alcance de la batería costera; y atacó a la fragata "Berenguela", en la cual hicieron impacto los cañones hasta tumbarla hacia un lado. Una crónica coetánea pudo anotar que ninguno de los combatientes "fue mejor que otro" en el fuerte "Ayacucho"; pero los partes del combate reconocieron que su jefe se había mostrado "resuelto" y "activo" en todo momento; y muy bien podemos inferir que extremó su celo y su previsión, para controlar en su frente las incidencias de la refriega y subsanar la posible inexperiencia, las perplejidades, o las bajas que pudieron afectar a sus hombres. La serenidad ante el embate enemigo, la orden oportuna y enérgica, el dinamismo del jefe, se reflejaron cabalmente en los decisivos daños inferidos al contrincante. Y a mérito de la acción desplegada en aquella fecha epónima se le otorgó la efectividad en la clase de teniente coronel.

Retiro campesino

Pasada la tensión de aquel episodio heroico, el teniente coronel Andrés A. Cáceres fue agregado a la plana mayor del Batallón "Punyan N° 10"; y al cabo de dos meses pasó a guarnecer su nativa ciudad de Ayacucho, en calidad de comandante del Batallón "Cajamarca N° 12". Desde el poder, el coronel Mariano Ignacio Prado decidió consultar al país la normalización constitucional de su régimen; indudablemente, movido por la convicción de que su reciente victoria sobre la Escuadra Española del Pacífico le aseguraba el apoyo de la opinión; y, sin oposición electoral, fue ungido Presidente de la República. No obstante, muy pronto fue tachada su autoridad como el fruto de una imposición; y las críticas, progresivamente acerbas, movieron presuntas o reales conspiraciones, y convergieron en una vasta revolución que determinó la renuncia del caudillo (7-I-1868). La intranquilidad y la inseguridad amagaron, durante varios meses, la vida del país; y a pesar de ello, el departamento de Ayacucho no fue contaminado por las turbulencias a lo largo de ese lapso, porque el teniente coronel Andrés A. Cáceres se abstuvo de escuchar las incitaciones revolucionarias y mantuvo la obediencia al gobierno establecido en Lima.

Cuando el general Mariano Ignacio Prado se alejó de la escena política, y el general Pedro Diez Canseco fue reconocido como Presidente de la República, por ser el sucesor legal del régimen depuesto en 1865, el comandante del Batallón "Cajamarca N° 12" adoptó una actitud excepcional, aunque disciplinada: pues, así como habían eludido comprometerse con la insurgencia revolucionaria de la oposición a la hora en que ésta se hallaba triunfante creyó que no sería digno tributarle su acatamiento. En consecuencia, no aguardó que se le confirmara o relevara del mando; y, dirigiendo la marcha de aquella unidad, trasladóse hasta la capital y la puso a las órdenes del nuevo mandatario. Sin la menor hesitación, optó éste por disponer la disolución del batallón. Demostró, en buena cuenta, que había juzgado la actitud como una implícita censura al cambio operado, y que tanto el jefe como los soldados merecían por ello su desconfianza; pero así dejó traslucir la influencia corrosiva que sobre el ejército proyectaban los intereses elementales de la política, pues se atenía a su relación directa con el sostenimiento de los hombres que eventualmente se hallaban en el gobierno, y no se cuidaba la responsabilidad funcional que fundamentalmente proyecta el ejercicio de las armas hacia la preparación de la defensa nacional.

Por su parte, el teniente coronel Andrés A. Cáceres solicitó su retiro. Como algunos generales antiguos, de cuyos hechos habla la leyenda, apartóse del hierro y el estrépito de los cañones, para impulsar la reja del arado y abrir surcos fecundos en la tierra. Volvió para ello a sus lares nativos. Y, reviviendo las jornadas campestres de sus años mozos, consagróse a la agricultura en las haciendas que sus mayores poseían en el valle del Pampas. La naturaleza áspera y la rústica sencillez de las gentes de campo, crearon el estímulo y el marco requeridos por sus recuerdos y sus ensueños. Quizá

vio proyectarse su imagen o su pensamiento, sobre el febril caleidoscopio de hechos y personajes, que sólo entonces adquirirían ubicación y significación precisas en el desarrollo de la vida coetánea; y a solas consigo mismo, bajo el dombo del cielo estrellado, confirió cierta nitidez a virtudes y vicios, posibilidades y urgencias, que en la vida nacional obligaban a efectuar correcciones y afirmaciones constructivas. Sin apremios, y morosamente volcado a la reflexión, corrieron los años en su agreste retiro andino e insensiblemente afianzó su lúcida madurez.

Otra vez en el Ejército

Aquellos fueron años de optimismo en el país. De un alucinado optimismo, favorecido por la política de empréstitos y obras públicas, y polémicamente sincronizado con turbias especulaciones y enriquecimiento. Sus ecos, tal vez magnificados por la relativa lejanía de su retiro y por el contraste con la visión de paz que le ofrecía la tierra fecundada por el trabajo, acendrarón las convicciones cívicas y morales del teniente coronel Andrés A. Cáceres. Y cuando llegó la oportunidad de renovar los poderes públicos ofreció su apoyo a la candidatura presidencial de Manuel Toribio Ureta, que aspiraba a encauzar la vida nacional en armonía con los dictados de la ley; pero no vaciló en acatar el triunfo electoral de Manuel Pardo; y, de modo coherente, favoreció la reacción contra el golpe de estado que protagonizaron los coroneles Gutiérrez, para oponerse al advenimiento del presidente electo. A su vez, éste lo incitó a reincorporarse en el ejército, para que coadyuvase a la estabilidad del orden legal y al fortalecimiento de las instituciones militares, y le confió la subyefatura del batallón "Zepita" (1872).

Cierta noche estalló un motín en su cuartel, situado a escasa distancia del Palacio de Gobierno, en el llamado Callejón de San Francisco y colindante con el convento del mismo nombre. Preparado por cabos y sargentos, para protestar contra ciertas disposiciones de administración, había sido precipitado por hallarse ausente su jefe, el coronel Martín Valdivia. Pero al escuchar la detonación del primer disparo salió de su habitación el teniente coronel Andrés A. Cáceres, con el revólver en la mano; se dirigió apresuradamente al puesto de la guardia, comandada por el alférez Samuel Arias; asegurada su lealtad, ordenó que fuese cerrada la puerta, a fin de evitar la comunicación de los amotinados con fuerzas o agentes del exterior; y encabezando a la tropa lanzóse a sofocar la protesta. Quizá se atemorizaron, ante la cólera tonante de aquel bravo jefe, que los increpaba por el desorden y los incitaba a deponer su actitud; pero algunos se atrevieron a disparar sus armas, y trabóse una refriega durante la cual cayeron algunos muertos y heridos. De pronto se adelantó un sargento, para no errar la puntería, y lo encañonó con su rifle; pero él percibió oportunamente la amenaza, se abalanzó contra el agresor con desconcertante rapidez, cogió el cañón del arma que le apuntaba y se la arrebató, al mismo tiempo que descargó su revólver

contra el frustrado magnicida. Viéndolo, se sobrecogieron los amotinados, y pronto quedaron apaciguados.

A poco llegó el presidente Manuel Pardo, para tener una noticia cabal e inmediata sobre las causas y los alcances del inesperado suceso. Al recibirlo, el teniente coronel Andrés A. Cáceres le dio cuenta de los hechos en términos tan sobrios como precisos:

—Señor, la sublevación está dominada.

Y reprimiendo con algún esfuerzo su íntimo reconocimiento, el jefe del estado respondió:

—Gracias. Por eso confié a usted este batallón.

En atención a lo ocurrido se dispuso el traslado del coronel Martín Valdivia a otra colocación, y el aguerrido comandante fue encargado de la jefatura de la unidad. Para neutralizar los efectos de la desmoralización y entrenar a sus hombres en trabajos de la guerra y la paz, marchó con el batallón "Piquiza" a Tarma y Chanchamayo. Disciplinó a sus hombres, de acuerdo con las normas de la vida militar; los instruyó en prácticas de combate; los dirigió en la reparación y la apertura de caminos, así como en tareas de colonización. Y al cabo de pocos meses aquel batallón era una fuerza ejemplar, identificada con la misión del ejército, y firmemente adaptada a la autoridad y el discrecional rigor de su jefe.

Modelado ya el Batallón "Zepita", retornó a Lima para integrar la división que el propio presidente organizó, a fin de emprender campaña contra un levantamiento armado que Nicolás de Piérola encabezaba a la sazón en Moquegua. Especialmente había adquirido en Inglaterra un barco, bautizado con el nombre de "El Talismán"; había hecho la travesía del Atlántico; en las vecindades de Valparaíso había recibido algunas decenas de elementos adictos; sorpresivamente se había presentado ante el puerto de Pacasmayo (24-X-1874); y, por no haber sido acogido como esperaba, había dirigido su rumbo hacia el sur; y sin consultar con sus auxiliares había efectuado un desordenado desembarco de hombres y armamento en las playas de Ilo (1º-XI-1874). Al día siguiente llegó a este puerto el monitor "Huáscar", y "El Talismán" fue capturado, mientras los desconcertados revolucionarios se internaban precipitadamente hacia Moquegua. Y a esa ciudad marchó el Batallón "Zepita", para incorporarse a la división que debía restablecer la autoridad del gobierno. A órdenes del capitán de navío Lizardo Montero, el teniente coronel Andrés A. Cáceres combatió en la cuesta de Los Angeles (7-XII-1874) y en el desfiladero de Chuculay; persiguió a los vencidos hasta obligarlos a dispersarse, en las inmediaciones de Torata; volvió a Moquegua, y a marchas forzadas dirigióse hacia Arequipa, ante la cual se había presentado el caudillo rebelde con un puñado de fatigados seguidores (30-XII-1874), que no encontraron el apoyo esperado y fueron fácilmente rechazados. El turbulento "Jefe Supremo de la República" y "Supremo Director de la Guerra" pasó, derrotado, a Ubinas; y desde allí trasladóse a Bolivia. En cambio, el comandante del Batallón "Zepita" era reputado como "uno de los oficiales más valientes del ejército"; y, a mé-

rito de la acción que desplegara durante la campaña, se le otorgó el ascenso a la clase de coronel graduado (18-I-1875).

Con aquella unidad fue entonces destinado a guarnecer la ciudad de Cuzco. Al año siguiente asistió allí a una tranquila realización de las elecciones populares, efectuadas para renovar los poderes políticos. Y en uso de licencia pudo retornar a Lima, ilusionado por el deseo de cumplir una promesa matrimonial, que lo uniría con la iqueña Antonia Moreno Leiva. Garrida y decidora, ella contaba a la sazón 28 años; él, condecorado ya con varias heridas, lucía la imponente apostura de sus 40 años; y enlazaron sus destinos en la parroquia de Santa Ana, el 22 de julio de 1876. Probablemente permanecieron en la capital después de la ceremonia, y presenciaron la asunción presidencial del general Mariano Ignacio Prado (2-VIII-1876). Luego emprendieron viaje a Cuzco, donde el coronel Andrés A. Cáceres debía ejercer la prefectura del departamento, reteniendo el mando del Batallón "Zepita". Y en la vieja urbe de los incas transcurrieron los años inmediatos, sin zozobras, ni alternativas disonantes.

De pronto se oscureció el horizonte: pues fuerzas de Chile ocuparon en forma abrupta el litoral boliviano (14-II-1879); el gobierno peruano interpuso sus buenos oficios, con el propósito de llevar el conflicto hacia una solución pacífica; y como un tratado de alianza defensiva había ligado a Perú y Bolivia (6-II-1873), fue necesario precaver la posibilidad de que el país se viera envuelto en las hostilidades que ya enfrentaban a sus vecinos meridionales. Se dispuso la inmediata formación de un ejército, para guarnecer el rico departamento de Tarapacá; y el Batallón "Zepita" fue destinado a integrar su II División. De modo que el coronel Andrés A. Cáceres debió proveer, en esas aciagas circunstancias, al viaje de su esposa hacia Lima; y, por su parte, hubo de embarcarse hacia Iquique para incorporarse a las fuerzas avanzadas de la defensa nacional. Llegado a su destino (25-III-1879), recibió allí la esperada noticia de la declaración de guerra formulada por el gobierno de Chile (5-IV-1879); siguió las inquietantes alternativas de la campaña marítima, gloriosamente culminada en el combate de Angamos (8-X-1879); sintióse halagado por la resolución que le otorgó la efectividad en su grado de coronel (27-X-1879); y, desembarcadas las fuerzas enemigas en el puerto de Pisagua (2-XI-1879), para cortar las comunicaciones entre el ejército del sur y sus bases de aprovisionamiento, las maniobras de los defensores adquirieron una intensidad presagiosa.

Campaña de Tarapacá

Desde Arica salió el ejército unido peruano-boliviano, para reforzar al que ya operaba en Tarapacá y llevar a cabo una ofensiva convergente contra las tropas chilenas desembarcadas en Pisagua. Pero aun antes de partir pareció muy extraña la conducta del general Hilarión Daza, presidente de Bolivia y capitán general del respectivo contingente: pues dejó en Tacna los

dos cañones que había llevado desde su país y se abstuvo de aceptar otros quince que le ofreció el presidente Mariano Ignacio Prado; demoró su marcha con dilatados e innecesarios descansos; y antes de llegar a la vista del enemigo optó por retornar al altiplano (16-XI-1879). A despecho de haber prendido la chispa del conflicto mediante la provocadora insensatez que desplegó en sus relaciones con Chile, y sin respetar la gallarda posición asumida por el Perú en aras del compromiso contraído con Bolivia, prefirió evitar el deterioro o la pérdida de los elementos militares a los cuales debía su sostenimiento en el poder, y aun posibilitar el cumplimiento de las infamantes proposiciones que oficiosamente le hizo el gobierno chileno para que volviera sus armas contra el aliado. Lo cierto es que las fuerzas peruanas fueron abandonadas, y quedaron moralmente golpeadas por el alejamiento de los 3,000 hombres que seguían al mandatario boliviano. Continuaron su marcha, en forma desconcertada, sin organizar un adecuado sistema de exploración y vigilancia; y al despuntar el 19 de noviembre de 1879 advirtieron que las tropas chilenas se hallaban ante ellos, en las cumbres del cerro San Francisco, y habían emplazado allí su artillería. Era preciso combatirlos, para continuar la marcha prevista; pero el comando sólo dispuso un plan tentativo, en atención a las discrepancias de las opiniones consultadas; y un disparo, que inesperadamente rompió la calma, inició el combate. Los batallones situados en la vanguardia emprendieron fogosamente la ascensión del cerro. Los bolivianos que integraban el ejército destacado en Tarapacá se guarecieron en ciertas escabrosidades del terreno; dispararon desatinadamente hacia posiciones chilenas que se hallaban fuera de su alcance; en verdad amagaron por la espalda a los soldados peruanos que ya escalaban la cima; y a la postre se desbandaron, para internarse en dirección a su país. Fue preciso organizar el repliegue. Y el jefe de Estado mayor, coronel Belisario Suárez, ordenó que los aturridos combatientes peruanos se agrupasen en torno a las unidades que habían mantenido su cohesión: la II División, comandada por el coronel Andrés A. Cáceres y que en el curso de la acción había sido mantenida en la reserva; y las divisiones encabezadas por los coroneles Francisco Bolognesi y Manuel Velarde.

Inicióse la marcha, con el propósito de enderezarla hacia Arica; pero las presiones ejercidas sobre el guía, le impidieron orientarse debidamente en la densa oscuridad de la noche; y en pleno desierto fue preciso esperar el día, para no agravar los malestares que en los soldados ocasionaban el cansancio y la sed. Reconocido el lugar, cuando despuntó el día, advirtiéndose que habían seguido una dirección equivocada, hacia el S. E., y se hallaban próximos a Tarapacá. El terreno era muy desigual, debido a las numerosas zanjas abiertas para extraer el salitre; y a lo deleznable del arenal se agregó luego el calor de un sol resplandeciente; de modo que el camino se hizo muy lento y penoso. El coronel Andrés A. Cáceres afanóse por aliviar a los soldados, y recorrió sus filas para dirigirles palabras de aliento o darles consejos prácticos. Por ejemplo: que llevaran en la boca alguna piedrecilla o una bala, para excitar la secreción de la saliva y mitigar la angustiosa

sensación de la sed. O distribuyó, en mínimas rodajas, un limón que por ventura llevaba en el bolsillo, a fin de aliviar a los más sofocados.

Al llegar a Tarapacá (22-XI-1879), dióse a las tropas rancho y alojamiento; y durante los días siguientes pudieron disfrutar de un reparador descanso. Para no agotar las provisiones existentes en el lugar, se dispuso que dos divisiones anticiparan su partida hacia el N. (25-XI); posteriormente llegó otra, que se había quedado aislada (26-XI); y tranquilamente empezó luego (27-XI-1879) a preparar la marcha escalonada hacia Arica. Ya se había auxiliado a todos con una parca ración de mote y charqui; y los soldados de la II División habían cargado sus mochilas sobre la espalda, cuando un oficial del Batallón "Zepita" llegó a la carrera, e informó a su jefe que el ejército chileno avanzaba por las alturas próximas al pueblo y pronto llegaría a dominar posiciones ventajosas para un ataque. A su vez, el coronel Andrés A. Cáceres transmitió la noticia al comando; pero sin esperar las órdenes pertinentes, fraccionó los efectivos que se hallaban bajo su mando o inició la ascensión de la cuesta, para alcanzar la cima antes que los enemigos y decidir la forma de acometerlos.

La oportunidad y el empuje de la ofensiva determinaron el repliegue de las fuerzas chilenas, al cabo de tres horas. Y tan decisiva etapa de la batalla fue elocuentemente descrita en el parte suscrito por el coronel Belisario Suárez, en su calidad de jefe de Estado Mayor:

la II División emprendió uno de esos ataques que todo lo arrojan y que tienen en su impetuosidad y arrojo la mejor garantía del éxito. [EL Batallón] "Zepita" tomó cuatro de los cañones enemigos con sus municiones, mientras digno émulo de su decisión y de su gloria, llevaba en trofeo el Regimiento "Dos de Mayo" los dos que se encontraban a su frente. Estaba cumplida, en los primeros momentos del combate, una de las más notables proezas de la infantería, y fue entonces cuando brilló el valor, y cuando se revelaron en todo su mérito la perseverancia y talentos militares del comandante general de la II División, señor coronel don Andrés A. Cáceres, que tuvo el acierto, tanto raro en el arte, de saber utilizar la victoria, sin dejarse arrastrar ciegamente por ella. Preocupado sólo del triunfo de nuestras armas, el coronel Cáceres moderó el ardor de sus soldados, organizó el mismo entusiasmo, y no pedía sino fuerzas que recordaran su plan admirablemente combinado y que redujo a la impotencia, a los contrarios.

En efecto, aprovechó el aparente retiro de las fuerzas chilenas, para consolidar sus posiciones y excitar la concurrencias de refuerzos, a fin de equilibrar la inminente presencia de otras unidades enemigas que se habían retrasado en su marcha por el tamarugal. En armonía con sus requerimientos, el jefe de Estado Mayor, coronel Belisario Suárez, coadyuvó a facilitar los planes pertinentes. Y pronto reanudóse el combate contra una mayor concentración de combatientes chilenos, que durante largas horas parecieron retirarse y porfiadamente volvieron a la carga. Decisivamente

colaboraron a contrarrestar tales embates las unidades comandadas por los coroneles Francisco Bolognesi y Alfonso Ugarte. Hasta que al fin abandonaron los chilenos sus posiciones, y parcialmente se desbandaron hacia el sur.

Halagados aún por la consideración del triunfo y la posesión de algunos trofeos, pero dolorosamente fatigados por el esfuerzo desplegado, el victorioso ejército peruano emprendió aquella misma noche el proyectado repliegue táctico hacia Arica: pues se hallaba aislado, sin posibilidad de recibir auxilios, y expuesto a una peligrosa reacción del enemigo. La marcha debió efectuarse por rutas alejadas del tránsito usual, y durante sus interminables jornadas sobrellevaron los soldados toda clase de privaciones. Con otros jefes, el coronel Andrés A. Cáceres los animó constantemente. Se confundió entre ellos, para animar a los más débiles; y les infundió confianza en las perspectivas de la campaña. Maltrechos, pero fortalecidos, llegaron al puerto de Arica al cabo de veinte días.

Batalla de Tacna

Serias preocupaciones inspiraba la reflexión sobre los resultados generales de la campaña, a pesar de la victoria conquistada en la batalla de Tarapacá: porque al evacuar el territorio de aquel departamento habían quedado en poder del enemigo sus pródidas riquezas, y merced a ellas podría financiar holgadamente la prosecución de la guerra; porque las unidades bolivianas incorporadas al ejército del sur, así como el ejército que desde Tacna condujera el presidente Hilarión Daza, habían decepcionado escandalosamente y habían cernido las más deprimentes dudas sobre la eficacia de aquellos aliados; y porque las deficiencias de los abastecimientos militares habían impuesto sacrificios excesivos a los hombres comprometidos en las operaciones. Pero además contaban los sentimientos personales, soterrados en lo más hondo del ánimo para evitar que se abriesen los cauces de la flaqueza ajena: porque entre los heridos tumbados durante la batalla había encontrado a su joven hermano, el teniente Juan Cáceres, a quien tiernamente había cogido entre sus brazos para consolarlo en sus últimos instantes, y cuyos restos habían sido presurosamente depositados bajo la cálida arena del desierto; y por allá quedaron los heridos que no había sido posible trasladar, confiados sólo al generoso afecto del pueblo, y cuyos dolores físicos eran aguzados por los imprecisos temores que hacía concebir el trato de los vencidos.

No eran menos graves las preocupaciones determinadas por el desenvolvimiento de la política interior. Ya, ante la imposibilidad de mantener la posesión del departamento de Tarapacá, el presidente Mariano Ignacio Prado había retornado a Lima (28-XI-1879); había hallado encrespada a la oposición, y en vano se había esforzado por constituir un gabinete que diese consistencia a la unidad nacional requerida para afrontar las contingencias bélicas; y aturdidamente había optado por alejarse del país (18-XII-1879), a fin de que esa oposición acometiese las tareas que la defensa exigía

y a cuya realización no había cooperado con su gobierno. Su insólita resolución dejó un sensible vacío de poder, que Nicolás de Piérola supo aprovechar para forzar su propia elevación "a la Suprema Magistratura de la Nación con facultades omnímodas" (23-XII-1879); e influidas tal vez por la trascendencia de aquel cambio, las fuerzas bolivianas acantonadas en Tacna secundaron al coronel Eleodoro Camacho y pusieron término a la turbia actuación del presidente Hilarión Daza (27-XII-1879), que en La Paz fue sustituido por una Junta de Gobierno (28-XII-1879) y luego por el general Narciso Campero (19-I-1880). De modo que así parecía anunciarse una inminente reorganización de los mandos y las concepciones operativas de la alianza peruano-boliviana, y la posibilidad de una corrección de los iniciales resultados de la guerra.

Al saberse entonces que se había efectuado un desembarco chileno en Ilo (31-XII-1879), se decidió enviar una expedición conjunta hacia la caleta de Ite, situada al S. E. de ese puerto, en la desembocadura del río Locumba. Para dirigirla fue designado el coronel Andrés A. Cáceres, quien había atendido sólo a la prioritaria necesidad de enfrentarse al enemigo, y había resuelto acatar la autoridad dictatorial del turbulento caudillo a quien combatió en 1874. Y en aquella oportunidad, urgentemente llamado por el contralmirante Lizardo Montero, nuevo comandante general de las armas peruanas, escuchó la noticia de su nombramiento:

—Los bolivianos piden que usted mande la expedición; le felicito por esa deferencia singular de nuestros aliados hacia usted; aliste sus tropas para que se pongan en seguida en marcha.

En consecuencia, salió de Arica (3-I-1880) al frente del fogueado Batallón "Zepita" y el llamado "Cazadores del Misti". En Tacna se unió con las fuerzas bolivianas asignadas a la operación; dos días después llegó a la caleta de Ite, que ese mismo día había sido avistada por un barco chileno, que descargó sobre ella un ligero bombardeo y prosiguió su travesía de inspección; y en armonía con sus instrucciones organizó la vigilancia del litoral situado en las inmediaciones de Ilo, para prevenir posibles desembarcos del enemigo. Al cabo de dos semanas, el comando prefirió efectuar una concentración de las fuerzas aliadas en Tacna; pero el coronel Andrés A. Cáceres adujo observaciones opuestas, y coincidió con los jefes bolivianos en la necesidad de mantener la vigilancia del litoral; y a pesar de ello inclinóse a acatar la orden correspondiente, e incitó a obedecerla, para impedir un quebranto de la disciplina. Con el Comandante en Jefe debió discutir después, amargamente, la inconsulta disposición que en Lima adoptó el dictador Nicolás de Piérola (31-I-1880), al dividir aquel ejército, pues al desprender una parte de sus fuerzas para aparentar la creación de una nueva unidad que debía estacionarse en Arequipa, en verdad redujo la eficacia operativa de la defensa peruana. Cooperó a la reorganización general del Ejército del Sur, para hacer frente a las tropas chilenas que pisaron tierra en Ilo (25-II a 3-III-1880) sin hallar la resistencia que se les pudo oponer. Y aportó muy sagaces observaciones durante la discusión del consiguiente

plan de operaciones, a fin de moderar la persistente adhesión del comando boliviano a sus propios criterios, y viabilizar el cumplimiento de la orden impartida por el dictador al comando peruano, para que limitase su acción a una defensa apoyada en la región de Tacna y Arica.

Organizadas las fuerzas chilenas en su base de Ilo, moviéronse hacia el N.; vencieron la resistencia hecha por una división peruana en la cuesta de Los Angeles (22-III-1880); e interponiéndose entre los ejércitos peruanos estacionados en Tacna y en Arequipa, consolidaron el dominio de la línea adoptada en el valle del río Sama, y se prepararon para batir separadamente al primero. Por su parte, las fuerzas peruano-bolivianas debieron consolidar la defensa en las inmediaciones de Tacna, por carecer de los suficientes medios de transporte para establecerse en posiciones avanzadas; y se ubicaron en las alturas del cerro Intiorco, bautizado entonces con el nombre de "Alto de la Alianza". Por iniciativa del general Narciso Campero, los aliados intentaron efectuar una sorpresa nocturna contra el campamento enemigo; pero en plena marcha advirtió el coronel Andrés A. Cáceres que la oscuridad había inducido a seguir una dirección errónea, y hubieron de retornar a sus emplazamientos; de manera que se hallaban entumecidos por el cansancio cuando los chilenos desplegaron sus líneas para emprender el ataque, en las primeras horas del 26 de mayo de 1880.

Muchos recordaron tal vez que en esas tierras grisáceas vertieron su sangre los fundadores de la independencia nacional; y, al tomar posición en las líneas de defensa, pudieron pensar que su memoria hacía de aquella jornada un nuevo episodio de la lucha por los mismos ideales. A las tenues luces del alba percibieron que la abrumadora superioridad numérica de los atacantes constituía un reto al valor de cada combatiente, y todos resolvieron aceptar el mandato del deber. Se inició la acción con un prolongado duelo de artillería, que permitió a los chilenos reconocer la capacidad y la potencia de la defensa, y dar una distribución conveniente al desplazamiento de sus unidades. Siguió un enérgico avance de contingentes que en formación de guerrillas acometieron principalmente al ala izquierda; y, rechazados allí los enemigos, fue necesario reforzar el sector para cubrir las pérdidas sufridas en la medida que permitía la atención a todo el frente. Y justamente en el ala izquierda combatió el coronel Andrés A. Cáceres, con tanto ardor y en posiciones tan riesgosas que sucesivamente sufrió la pérdida de dos caballos; al montar el tercero fue destrozado el estribo por un disparo; rechazó los renovados embates de la infantería, así como la carga de la caballería, logrando evitar que su línea fuera rebasada; y cuando fue preciso ordenar el repliegue, debido a la imposibilidad de reemplazar las bajas, dirigió a su batallón en los esfuerzos destinados a procurar la reunión de los dispersos y cautelar el orden de la retirada.

En armonía con la orden impartida entonces por el Comandante en Jefe, dirigióse a Tarata con las fuerzas evacuadas del frente. En la Junta de Guerra efectuada allí propuso que se auxiliara a los cuerpos encargados de guarnecer Arica, y que por efecto de la derrota sufrida en Tacna se

hallaban aislados; pero aquel había dado por terminada la campaña, y se limitó a discutir la marcha que llevaría hacia Puno y Arequipa a las fuerzas retiradas del Alto de la Alianza. Es posible que al escucharlo quedara atónito el coronel Andrés A. Cáceres; y fugazmente se agolparon quizá en su pensamiento las circunstancias que habían determinado la fragmentación de un poderoso ejército, y permitían que la saña destructora del enemigo lo batiera en detalle. Intimamente sobrecogióse por la suerte que en Arica esperaba al pundonoroso coronel Francisco Bolognesi, que en la batalla de Tarapacá había cumplido una brillante actuación. Y hondamente preocupado se trasladó a Puno y Cuzco, para seguir camino hacia Lima.

En la defensa de Lima

Cuando llegó a la capital (VIII-1880), presentóse ante el jefe de Estado Mayor, general Pedro Silva; y, llamado por el dictador Nicolás de Piérola, solicitó la colocación que le permitiera coadyuvar a la defensa contra la inminente ofensiva chilena. Adujo las razones tácticas que hacían esperar el ataque por el sur: pues las fuerzas enemigas podían efectuar su avance a lo largo del litoral y ser protegidas por la artillería de la escuadra; y, en cambio, hallarían una seria resistencia si intentaban desembarcar en el Callao, o debían arriesgar la desarticulación entre el ejército y la armada si la ofensiva sobre Lima era emprendida a través de los elevados arenales norteños. Pero no halló la menor receptividad, porque el Dictador afectaba una presuntosa suficiencia en materias militares, elevaba su tono cuando criticaba los resultados de las campañas iniciales de la guerra, e inclusive se complacía en imponer su autoridad a los jefes y oficiales que antes combatieron sus intentonas sediciosas. Alegó entonces tener informaciones sobre un proyectado desembarco del enemigo por el norte; y, habiendo ajustado ya un "plan para tal eventualidad, requirió los servicios del coronel Andrés A. Cáceres en la comandancia de una división a cuyo frente debía oponerse a cualquier incursión por el vecino puerto de Ancón. Por tanto, fue nombrado Comandante General de la V División del Ejército del Centro; pasó a Huaral, para dirigir el entrenamiento de las reservas que debían oponerse a la ofensiva chilena, presuntamente esperada por el norte; y allí recibió su promoción a la clase de coronel efectivo (20-X-1880).

En realidad, pudo ocurrir que las incursiones efectuadas por la escuadra chilena a lo largo del litoral norteño (IX-X de 1880) hicieran creer que así empezaba la esperada invasión; pero las fuerzas chilenas desembarcaron en el puerto de Pisco (19-XI-1880), 270 km. al S. de Lima; tranquilamente descansaron allí durante varias semanas; y sin ser molestadas cumplieron luego su metódico traslado a la playa de Chilca, a fin de reunirse con las tropas provenientes de Arica (22-XII-1880). Y sólo entonces fue encarada la defensa de los accesos meridionales de la capital. Sólo entonces procedióse a ordenar que el coronel Andrés A. Cáceres se trasla-

dase desde Huaral (22-XII-1880) y, asumiendo el comando de la II División, cooperase en la apremiante tarea de contener el avance chileno. A paso de camino atravesó las calles de Lima, cuando ya había caído la noche; pero su presencia era inmediatamente advertida por las gentes del pueblo y saludada con renovados vítores; y aunque el comando lo destinó inicialmente al pueblo de Pachacamac, envióle sucesivos mensajes a Chorrillos y San Juan, para indicarle que debía proseguir hasta Lurín, y luego para que se estacionase en el precario caserío situado al S. E. de Surco. Sin dilación visitó los acantonamientos ocupados por las diversas unidades confiadas a su mando, para hacerse reconocer y dirigir su inmediata concentración. Al día siguiente estudió personalmente el terreno, para determinar la conveniencia de los emplazamientos adoptados, las vías de acceso y los relieves topográficos que podían encubrir los avances del enemigo. Observó y evaluó las evoluciones que en el curso de los días inmediatos llevaron a cabo algunos destacamentos chilenos, así como las escaramuzas que protagonizaron. Se hizo presente en las guardias nocturnas. Y al despuntar las luces del alba, el 13 de enero de 1881, oteaba el horizonte desde la cumbre de la colina situada frente al pueblo de San Juan, cuando el resplandor producido por unos disparos lejanos le bastó para advertir que se había iniciado el ataque. Sin dudar un momento, cabalgó en torno a las dunas que protegían a su división y arengó a los soldados, diciéndoles que había llegado el esperado momento del ataque enemigo y la Patria confiaba en su valor.

A poco, llegó hasta esas posiciones el dictador Nicolás de Piérola. Inspeccionó el frente en compañía del coronel Andrés A. Cáceres, quien le hizo ver cómo penetraba el enemigo a través de las espaciadas líneas que en el ala derecha defendía la división comandada por el coronel Belisario Suárez; pero aquel se limitó a contemplar la comprometida situación de aquella zona y, sin impartir ninguna orden para auxiliar a sus defensores, enderezó su cabalgadura hacia Chorrillos, y al cruzarse en su camino con el coronel Belisario Suárez le ordenó retirarse. A su vez, las fuerzas del ala izquierda fueron pronto amenazadas por una maniobra envolvente; no obstante el denuedo que desplegaron en el combate, hubieron de retirarse hacia las posiciones donde se hallaba estacionada la Reserva; y no pudieron impedir que se las rebasase. Definióse la derrota. El coronel Andrés A. Cáceres retiróse hacia Surco, en compañía de sus ayudantes; reunió numerosos soldados dispersos; y a pesar de haber entrado los chilenos a Chorrillos atravesó audazmente algunas de sus calles, atacó a grupos de enemigos, y se retiró a Miraflores ante la imposibilidad de recibir refuerzos.

Los triunfadores, embravecidos, destruyeron las rústicas viviendas de San Juan; saquearon e incendiaron las bodegas y las elegantes residencias de Chorrillos; y al caer la tarde eran fácilmente perceptibles, a la distancia, los escandalosos excesos de la soldadesca alcoholizada. El coronel Andrés A. Cáceres pidió al comando que se le permitiera aprovechar la desmoralización del ejército chileno, para atacarlo durante la noche e inferirle un

castigo tan duro como su relajación hiciera posible; pero el Dictador opinó que el propuesto ataque ocasionaría un sacrificio inútil, porque los excesos eran cometidos sólo por unos cuantos soldados, y no lo autorizó. En cambio, aceptó un precario armisticio, cuya ruptura fue fácilmente justificada por el general Manuel Baquedano para reanudar los hostilidades (15-I-1881). Y se libró entonces la batalla de Miraflores (15-I-1881). Apoyadas en la improvisada línea de reductos extendida a través de 12 km., entre Montecristo y el mar, las fuerzas peruanas sostuvieron con ardor la acometida enemiga, e inclusive iniciaron un vigoroso contraataque. En el ala derecha combatió el coronel Andrés A. Cáceres, en forma tan activa y arriesgada que sucesivamente perdió dos caballos, y luego hubo de montar uno que durante la batalla de San Juan había sido herido y llevaba ostensible vendaje; una bala destrozó en sus manos el anteojito con el cual observaba el desarrollo de la lucha en toda la línea, y otra mutiló la vaina de su espada; un disparo atravesó por el frente su kepí y, rozándole el cráneo, dejó la huella de su trayectoria en el cabello quemado; por efecto de otros impactos quedó cortada su carrillera, atravesado su guardapolvo y rasgado su cubrebuca; y desafiando a la muerte, al despreciar los proyectiles que reiteradamente apuntaban los chilenos hacia su bizarra figura, fue su versátil presencia en los puntos críticos de su sector, su incesante movimiento y su valor imponente, lo que desvió el plomo homicida. Así, hasta que una de esas balas perforó su fémur derecho; y sin doblegar su tesón, se esforzó todavía por contener el quebrado equilibrio de la refriega y evitar la dispersión de las fuerzas que comandaba. Pero todo fue ya inútil, porque en forma terminante se había ordenado a los jefes de las otras divisiones que mantuvieran las posiciones que se les había asignado, y no hubo instancia superior que en el curso de la acción pudiera dictar las providencias requeridas por el desarrollo de la ofensiva enemiga. Hubo de admitir que se hacía inevitable la retirada, y lentamente emprendió el camino hacia Lima.

En verdad, los contrastes experimentados en las acciones de San Juan y Miraflores no tuvieron los alcances abrumadores de una derrota, pues en ningún momento intentaron los vencedores que a la suerte de sus armas siguiera el aniquilamiento del poder combativo de los presuntos vencidos. Y las fuerzas peruanas se replegaron con ánimo de continuar la lucha. Los simples combatientes de fila rodearon a sus jefes, en demanda de instrucciones; y, con claro sentido de la realidad, el pueblo identificó su destino y su dignidad con la viril oposición a los desmanes del invasor. A base de ese espíritu y los recursos que aún poseía el Perú en las regiones andinas, el coronel Andrés A. Cáceres concibió la posibilidad de reorganizar el ejército e iniciar una dinámica resistencia contra las fuerzas chilenas de ocupación. Y mientras ardían todavía las llamas que dejaron en ruinas a Chorrillos y Miraflores, una nueva esperanza alentaba las perspectivas del país.

Resistencia en las breñas andinas

A lo largo del polvoriento camino transitado por las tropas que se retiraban del campo de batalla de Miraflores, y virtualmente conducido por el instinto de su cabalgadura, el coronel Andrés A. Cáceres meditó febrilmente sobre la grave coyuntura condicionada por el desastre. En la estación terminal del ferrocarril fue reconocido por grupos de soldados que no creían en la derrota, y afanosamente buscaban a quien pudiera conducirlos hacia la reanudación de la refriega. Consultó al comando, y se le impartió la orden de licenciar a esos animosos patriotas, e indicarles que entregasen las armas. Y como sus heridas lo incapacitaban para promover una actitud distinta, dirigióse entonces hacia el hospital de sangre instalado en la vieja casa de la Universidad Mayor de San Marcos. Llegó casi exánime; solícitamente se le ayudó a desmontar; y, tendido ya en una cama, fue preciso cortar la bota para poner al descubierto la pierna e iniciar la curación del fémur perforado; al día siguiente fue trasladado al convento de San Pedro, donde eran entonces atendidos los capitanes Augusto E. Bedoya y Joaquín Castellanos, los dos ayudantes de su comando a quienes la muerte respetó en la batalla de Miraflores; y allí fue escondido en la celda del padre superior, para evitar que los chilenos pudiesen hallarlo y vengar la derrota que les infirió en Tarapacá. Con ánimo tenso escuchó el sordo golpeteo de las tropas enemigas que ocuparon la capital. Aunque con discreta insistencia, oficiales chilenos acudieron al convento para inquirir por su paradero; cuando quedó superada la gravedad de la herida, gracias a los cotidianos cuidados del doctor Belisario Sosa, pasó al amable hogar del doctor Gregorio N. del Real; y para evitar a éste los riesgos que hizo temer la acentuada rigidez de la ocupación; optó por trasladarse a su propio domicilio, que ya había sido inspeccionado y saqueado por agentes que insistentemente lo buscaron.

En una ventana de reja, situada a la izquierda del amplio zaguán, se instaló el capitán José Miguel Pérez, decidido a cautelar la seguridad del coronel Andrés A. Cáceres y a secundar luego sus planes militares. Pero nada podía vencer la inquietud del valeroso militar, porque apreciaba la incierta situación del país y su inmovilidad lo inquietaba hasta la angustia. Aun sin completar su convalecencia, juzgó al fin que su rehabilitación era satisfactoria y el ritmo de sus pasos no llamaría la atención, y salió a la calle para captar las imágenes de la ciudad hollada por las botas extranjeras. Y un buen día abandonó su hogar (15-IV-1881), en compañía del mencionado capitán; en la vecina estación del ferrocarril central tomaron ambos un tren que los llevó hasta Chilca, donde a la sazón terminaba la línea; y desde allí cabalgaron hasta Jauja, para presentarse ante el Dictador, y organizar la resistencia según los planes que había madurado durante los largos meses de postración.

En su primera entrevista afectó tal vez una disciplinada rigidez, pero fue acogido con notoria amabilidad, y pronto se quebró entre ambos la at-

mósfera protocolaria. Es cierto que alguna cautela pudo inspirar al bizarro militar el recuerdo de la suficiencia que le demostrara el Dictador, cuando desestimó las observaciones que lo indujeron a esperar el ataque invasor por el sur de la ciudad; pero animado, al fin, por la confianza con que lo acogió en las nuevas circunstancias, expuso las ideas concebidas para la nueva campaña, a base de la actitud patriótica del pueblo. Y a consecuencia de aquella esclarecedora entrevista, Nicolás de Piérola nombró Jefe Político y Militar de los Departamentos del Centro al coronel Andrés A. Cáceres (26-IV-1881); ordenó que se le entregase el armamento existente en el Estado Mayor General; y discretamente trasladóse a Ayacucho (30-IV), para dejar entera libertad al estrategia de la resistencia.

A pesar de habersele confiado aquella jefatura sin poner a su disposición ni un solo soldado, sintióse alentado por una plena confianza en las perspectivas de sus planes, y para realizarlos puso inmediatamente en juego su férrea voluntad. Nombró prefecto de Junín al veterano coronel Máximo Tafur (27-IV); para la jefatura de estado mayor comprometió los servicios del coronel Manuel Tafur, hijo del anterior, que había acudido a Jauja con un grupo de oficiales; y sus primeros soldados fueron 16 gendarmes, que en el hospital convalecían de sus enfermedades. Pero de aquel reducido núcleo emergió el nuevo ejército que la situación requería. Y tanto su jefe como aquellos oficiales salieron a los pueblos, para excitar el sentimiento patriótico de sus habitantes, instarlos a entregar las armas y municiones que tuvieran, y solicitar el concurso personal de cuantos se hallaren en aptitud de incorporarse a las filas. Con viriles arengas, pronunciadas en las plazas públicas y aun en domicilios particulares, ya en quechua o ya en español, el general Cáceres indentificó la guerra contra los invasores con la defensa del hogar y la tierra labrantía. Acertó a reanimar y orientar el adormecido espíritu de lucha, y dondequiera se le ofreció el apoyo que reclamaba. Y no cabe duda que así se anunciaba en las breñas andinas una nueva situación, excitada por la solidaridad que mueve a los débiles cuando sufren los excesos de una fuerza desbordada, y por el patriótico ejemplo de quienes conducían a los pueblos hacia la defensa de su dignidad y su derecho.

A base de una sencilla preparación psicológica y el adecuado entrenamiento, la resistencia movilizó fuerzas de dos clases: el ejército regular y las guerrillas populares. Estas fueron inicialmente formadas, en las quebradas próximas a Lima, por grupos de soldados que se retiraron del campo de batalla de Miraflores, y a los cuales hizo llegar sus instrucciones el propio coronel Andrés A. Cáceres desde su refugio de convaleciente; y luego se generalizó su organización en los pueblos andinos, mediante el discreto aprovechamiento de las instituciones comunales. En principio, las guerrillas debían actuar en la región de la cual procedían sus integrantes, porque era indispensable un detallado conocimiento del terreno para orientar sus movimientos; y porque gracias al trato amistoso con las gentes obtenían siempre informaciones, recursos y amparo, o sea, el apoyo moral y material que res-

paldaba sus acciones. Y debían mantener una coordinación permanente con el ejército regular, pues, siendo las guerrillas un elemento auxiliar, les correspondía sujetarse a las órdenes del comando y evitar cualquier operación aislada en la cual no contasen con las ventajas derivadas de la sorpresa, la topografía y la mejor disposición de sus efectivos. Pero aquella fuerza contó siempre con un armamento deficiente; y, a falta de las convencionales armas de fuego tomadas a los mismos adversarios o riesgosamente enviadas por los patriotas de Lima, debieron apelar al empleo de los rústicos rejonos de labranza, las galgas precipitadas desde las alturas y las tradicionales *warakas*.

Otros problemas suscitó la formación del ejército regular, pues los oficiales y los clases debían adaptarse al sistema de guerra que se pondría en práctica, una "guerra de circunstancias especiales de montaña andina", prudencialmente alejada de los dogmatismos divulgados en los manuales de instrucción y en la cual debía excitarse el ejercicio de la iniciativa, la versatilidad, la sorpresa, la acción rápida, o sea, la precisa evaluación y el aprovechamiento de las circunstancias. Y personalmente atendió a todo ello el general Andrés A. Cáceres, para labrar la identificación entre el mando y los soldados, e inspirar a todos una absoluta confianza en el posible triunfo de su causa. Participó en los ejercicios cotidianos y las guardias nocturnas, compartió el sobrio rancho de los soldados, discutió el nuevo carácter de la guerra para inculcar su asociación con la defensa del hogar y la tierra. Convertido así en un caudillo, impuso su cálida condición humana, su doctrina bélica, su mística vocación de servir a la Patria, su indeclinable fe en el triunfo.

Mediante algunos movimientos estratégicos y apelando a ingeniosas estratagemas, condicionó el fracaso de la expedición chilena confiada al teniente coronel Ambrosio Letelier (IV-VII de 1881), una de cuyas unidades fue deshecha por las guerrillas canteñas en el combate de Sángrar (26-VI). Animado por ello, instaló su cuartel general en Matucana (VIII-1881). Por acuerdo de la Asamblea Nacional, reunida en Ayacucho, fue entonces confirmada su promoción a la alta clase de general de brigada (VIII-1881), que anteriormente le otorgara el Dictador (1º-II-1881) "por su distinguido comportamiento en las jornadas de San Juan y Miraflores". Con audaces incursiones hostigó los puestos avanzados, que las tropas chilenas ocupaban en la cuenca del Rímac, y llevó sus desafiantes maniobras hasta fijar su cuartel general en Chosica (X-1881). Su acción inspiraba ya la esperanza del país; pero procuró limitarse estrictamente a las exigencias de la campaña militar; y, no obstante los pronunciamientos efectuados en su favor, cuando el Ejército del Sur desconoció la autoridad de Nicolás de Piérola (7-X), declinó aceptar la Presidencia de la República (25-XI-1881). Como luego dimitió el Dictador (28-XI), y hubiera sido ya enviado a Chile el presidente Francisco García Calderón (6-XI-1881), juzgó conveniente respaldar moralmente al gobernante cautivo y unificar al país bajo la autoridad del vicepresidente Lizardo Montero. (24-I-1882).

Al iniciarse el año 1882, las fuerzas chilenas de ocupación enviaron una doble expedición hacia las zonas altas de la quebrada del Rímac, a fin de encerrar al ejército de la resistencia; pero, oportunamente obtuvo el general Andrés A. Cáceres una exacta información sobre sus efectivos y su armamento; y hallándose sus tropas en mal estado, por efecto de una epidemia de tífus y la influencia diversiva de los cambios políticos, optó por retirarse de Chosica, y sucesivamente se estableció en Tarma, Jauja y Huancayo. Los jefes chilenos, contralmirante Patricio Lynch y coronel José Francisco Gana, creyeron que las huestes de la resistencia se habían dispersado y, cediendo el mando al coronel Estanislao del Canto, retornaron a Lima. En cambio, Cáceres situó el grueso de su ejército en las alturas de Marcavalle, atrajo a la expedición enemiga mediante una acción de retaguardia, y, utilizando sólo dos compañías, la batió en Pucará (5-II-1883). Luego emprendió la marcha hacia Ayacucho, para incorporar las unidades que allí retenía el coronel Arnaldo Panizo; sufrió inclementes estragos, debido a una tempestad que por la noche se desencadenó a su paso por la cuesta de Julcamarca (18-II); y con tropas exhaustas, pero animadas por una decisión probada por las adversidades, afrontó la rebeldía del citado coronel, ventajosamente apostado en el cerro Acuchimay (22-II); y con un despliegue de audacia remató los felices embates de sus batallones.

Permaneció en Ayacucho el tiempo preciso para disciplinar y organizar los efectivos que allí habían permanecido en la pasividad, bajo el mando del rebelde coronel Arnaldo Panizo. Y con su habitual energía reinició la campaña. En el valle del Mantaro estudió las posiciones establecidas en diversos pueblos, y rápidamente decidió emprender un ataque simultáneo. Hacia Concepción destacó al coronel Juan Gastó, quien al efecto coordinó la colaboración de los patriotas locales, movilizó a las guerrillas de los pueblos vecinos y dispuso el asalto (9 y 10-VII-1882); en verdad, un asalto varias veces renovado, que los invasores pretendieron burlar con una engañosa rendición y por ello fue mantenido hasta su exterminio. Y por su parte acometió a las guarniciones establecidas en Marcavalle (9-VII) y Pucará (9-VII), las cuales ofrecieron sólo una breve lucha y se retiraron con tanta precipitación que dejaron abundante armamento, pertrechos y acémilas cargadas. De inmediato fue dirigido el ataque hacia Huancayo, donde había permanecido el coronel Estanislao del Canto; pero éste anticipó la evacuación de aquella plaza, y decidió retornar a Lima. No se ha olvidado que a su paso desahogó el despecho y la saña, mediante el incendio de los pueblos y la ejecución indiscriminada de ancianos y mujeres; pero quedó abatida su soberbia, y claramente resplandeció la esperanza en el triunfo que podría lograr el patriotismo incontrastable de los humildes.

Pronto se supo en todo el país, que el general Andrés A. Cáceres había burlado las maniobras envolventes planeadas en el cuartel general de las fuerzas de ocupación. Había actuado con tanta fluidez que parecía estar presentes en todas partes, y cuando se le creía destruido apareció con un ejército que pudo atacar al mismo tiempo en varias partes. Se le llamó

“el Brujo de los Andes”. Y después de aquellos triunfos fue recibido en Tarma entre grandes demostraciones de aprecio. Pero no admitió el reposo, y allí mantuvo su actividad característica: para incorporar nuevos voluntarios, que reemplazasen las bajas sufridas durante la campaña; explicar a los soldados y los guerrilleros el carácter de la guerra y las mejores formas de combatir al enemigo; atender a los ejercicios que mantuvieran las aptitudes físicas de todos; y aun preocuparse de acopiar nuevas armas y componer las que estuviesen deterioradas por el uso. Su energía y su trato comprensivo creaban la atmósfera que inducía a sobrellevar los trabajos y las penalidades de la resistencia; y, por añadidura, su cabal identificación con el destino del país ejercía una influencia contaminante. Pero los enemigos tampoco descansaban; no cesaban de actuar las complejas inquietudes que la política subalterna puede volcar en las orientaciones de la guerra; y en distantes rincones emergieron de modo inesperado algunas tendencias contrarias al espíritu combativo de los pueblos andinos.

Después de obtener en la batalla de San Pablo (13-VII-1882) un triunfo alentador sobre tropas chilenas, el general Miguel Iglesias había lanzado desde su hacienda el llamado “grito de Montán” (31-VIII-1882), que reconoció la derrota y expresó su deseo de negociar la paz, aun a costa de una cesión territorial. De inmediato no halló la respuesta que pudo esperar, porque el gobierno de Chile prefirió ejercer presión sobre el cautivo presidente Francisco García Calderón y, con la franca cooperación del Ministro Plenipotenciario de Estados Unidos, obtener la aceptación de las condiciones más adecuadas a sus conveniencias; de modo que sólo al quedar frustrado este designio adquirió verdadera vigencia aquel pronunciamiento. Y como la resistencia levantaba una recia oposición contra tales propósitos, el comando chileno excitó la traición y la defección en sus filas, promovió torvos atentados contra la vida del general Andrés A. Cáceres, y volcó sus mayores recursos en la preparación de fuerzas expedicionarias destinadas a destruir los bastiones del patriotismo. Fueron destacadas tres divisiones, respectivamente comandadas por los coroneles León García, Estanislao del Canto y Marco Aurelio Arriagada, y cuya penetración en los Andes centrales debía efectuarse por las quebradas de Canta, Matucana y Lurín; y como el propósito evidente se enderezaba a copar al ejército de la resistencia, o cortarle las vías de una retirada, el general Andrés A. Cáceres reunió en Tarma (20-V-1883) un Consejo de Guerra, que deliberó sobre las alternativas posibles y acordó marchar hacia el norte, a pesar de las dificultades que se esperaba hallar. Pues, no obstante el notorio efecto que en los pueblos norteños habían hecho las perspectivas de paz, esperábase incorporar las fuerzas que el coronel Isaac Recavarren tenía bajo su mando en Huaraz, y aun las que obedecían al general Miguel Iglesias en Cajamarca.

La marcha fue muy áspera y penosa, porque la proximidad de las tropas chilenas obligaba a seguir caminos poco frecuentados, e inclusive a través de alturas nevadas. A veces faltó alimento, y estoicamente se con-

tentaron los soldados con un poco de *cancha* y unas hojas de coca. Su objetivo evidente era llegar a Cajamarca, para intentar la consolidación de la unidad nacional. Pero al llegar a Huamachuco se planteó el enfrentamiento, y tomó posiciones para el ataque. Confió al general Pedro Silva una columna, que audazmente asaltó las posiciones ocupadas por los enemigos en la ciudad y, tras de ponerlos en retirada, capturó 150 caballos y buena cantidad de pertrechos (8-VII-1883). Luego se situaron aquellos en el vecino cerro Sazón; algunos contingentes que empezaron a bajar al llano (10-VII) fueron rechazados; y, generalizada la lucha, fue tal el empuje de los peruanos que llegaron a la cumbre; pero allí se alteró por completo la suerte de las armas, porque los atacantes debieron suspender los fuegos por falta de balas, y apenas pudieron apelar a elementales culatazos para oponer a la reacción enemiga. Inútilmente acudió entonces el general Andrés A. Cáceres, al frente de un batallón que había permanecido como reserva. La victoria mostróse esquiva. Y abriéndose paso entre las fuerzas chilenas que victimaban ciegamente a los inermes soldados peruanos, el caudillo de la resistencia logró ponerse a salvo. Alejado ya de aquel escenario sangriento, fijó en su recuerdo las heroicas acciones cumplidas allí por sus compañeros de armas, se inclinó sobre el cuello de su caballo, y en silencio se dolió de aquella adversidad.

Pronto recuperó su ánimo, porque los contrastes retemplaban su fe en el destino de la Patria; y su profundo conocimiento de las gentes le inspiraba confianza en el inagotable apoyo de los pueblos. Esquivó la persecución enemiga, y aun la delación de medrosos felipillos. Y dondequiera suscitó la voluntad de los breñeros andinos, para mantenerse en guardia. Pasó por Huaraz, Junín, Tarma, Jauja, Huancavelica y Ayacucho, para seguir inmediatamente hasta Andahuaylas; pronto formó un nuevo ejército, cuyos soldados mostraban el mismo ardor que su jefe; y, provocando tanta sorpresa como temor, situó su cuartel general en Huancayo. No era sólo un guerrero, sino un sentimiento vivo, una conciencia vigilante, un símbolo. Era el "Brujo de los Andes", que emergía con redoblada pujanza sobre el escepticismo y la muerte. No era ajeno a los deseos de paz, que ya angustiaban a los pueblos agobiados por la guerra, pero no la quería como una concesión del vencedor, sino como una transacción honorable. Y esperaba negociarla de pie. Pero ya había sido concertado el Tratado de Ancón (20-X-1883); y se mantuvo sobre las armas porque el comando chileno demoraba arbitrariamente la evacuación del país, y con su permanencia parecía imponer cierta protección al gobierno presidido por el general Miguel Iglesias. Hasta sus reales acudió a visitarlo el secretario privado del implacable Patricio Lynch para pedirle que despusiera su actitud y permitiera la normalización del país. Pero la concertación de la paz imponía la prescindencia en asuntos de política nacional; y como esa proposición equivalía a intervenir en problemas de esa naturaleza, el caudillo de la resistencia dio una altiva respuesta al tardío parlamentario. Sus palabras revelaron un fuego inextinguible, una plena entrega a la causa que defendía: "El gobierno chileno ha conseguido todo lo

que ha querido; ahora debe retirar su tropa para dejar libre al Perú, pues mientras me quede un hombre con un rejón, flameará en alguna puna el pabellón nacional y continuaré luchando”.

El Héroe después del heroísmo

Es sabido que el general Andrés A. Cáceres mantuvo su rebeldía contra el gobierno ejercido en Lima por el general Miguel Iglesias; y que, tras una larga lucha civil, éste vióse compelido a renunciar (3-XII-1885). Quedó encargado del poder ejecutivo el Consejo de Ministros; y en las elecciones consiguientes fue ungido como Presidente de la República el Héroe de la Breña, para el período que se extendió desde el 3 de junio de 1886 hasta el 10 de agosto de 1890. Demostró entonces su respeto a la ley, renunciando ante el Congreso a su grado de general de brigada, porque se lo había otorgado un gobierno de facto; y ratificado como tal en atención a sus servicios (18-VII-1886), fue luego promovido a general de división (25-X-1886). Su gestión debió aplicarse a restañar las graves consecuencias de la guerra, y aun a subsanar el quebrantado crédito externo y su reflejo en el apoyo que Inglaterra brindó a Chile durante la contienda. No pudo ser una gestión fácil, porque no dispuso de los recursos exigidos por la reconstrucción y debió afrontar las sórdidas maniobras que suelen urdir los mercaderes y los egoístas. Movié la oposición de los liberales, que inclusive efectuaron una huelga parlamentaria para obstruir la transacción con los acreedores extranjeros. Y al término de su mandato fue acreditado como Ministro Plenipotenciario en Inglaterra y Francia.

Muerto el presidente Remigio Morales Bermúdez (1^o-IV-1894), pocos meses antes de terminar su período, encargóse del gobierno el segundo vicepresidente, general Justiniano Borgoño. Bajo su autoridad se efectuaron elecciones, que favorecieron al general Andrés A. Cáceres, quien por segunda vez asumió el poder (10-VIII-1894); pero ante los resultados de tales elecciones alzóse una alianza, formada por los civilistas y los demócratas, que las tacharon como ilegales por haberse prescindido del primer vicepresidente cuando se produjo la muerte de Morales Bermúdez. Trabóse una enconada guerra civil; y Cáceres prefirió renunciar (19-III-1895), para no emplear al ejército contra las montoneras populares y evitar los atentados contra los pobladores inermes. Y además, porque los dirigentes de la coalición revolucionaria, guarecidos en el convento de San Agustín, fueron favorecidos por la intercesión de Monseñor José Macchi, Delegado Apostólico y Enviado Extraordinario de Pío IX, y aun por la solícita mediación de un grupo de diplomáticos entre los cuales se contaba el Ministro Plenipotenciario de Chile. Se retiró en actitud serena y generosa; pero dejó asomar un matiz de amargura en sus palabras, al insinuar que los revolucionarios hostilizaban sólo a su persona, y con su alejamiento esperaba contribuir a la paz y el orden.

Viajó entonces a Buenos Aires (1895-1899); residió luego en Tacna y París; desempeñó funciones de Ministro Plenipotenciario en Italia (1905-1911) y Alemania (1911-1914); y retornó al Perú. Aunque el partido constitucional lo reconocía como jefe, e intervino con pujanza en la vida política, durante aquellos años se abstuvo de utilizar aquella influencia para satisfacer intereses personales. Mantuvo una austeridad cabal y concitó el respeto que sólo se reconoce a los personajes tutelares. Fue honrado con el Bastón de Mariscal (10-XI-1919). Y apaciblemente se apagó su aliento, en el balneario de Ancón, el 10 de octubre de 1923.

BIBLIOGRAFIA BASICA

- Ahumada Moreno, Pascual.* Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia. Valparaíso, Imprenta y Librería Americana, 1886-1891. 8 vols.
- Alayza Paz Soldán, Luis.* La Breña. Lima, Editorial Lumen S. A., 1954. 3 vols.
- Lo que ignorábamos hasta 1955: la campaña de la Breña fue un gran triunfo militar del Perú. En *Revista del Centro de Estudios Histórico-Militares*: N° 11, pp. 29-46; Lima, IX-1955 a VII-1956.
- Cáceres, Andrés A.* La guerra del 79: sus campañas. (Memorias). Redacción y notas por Julio C. Guerrero. Lima, Editor Carlos Milla Batres, 1973.
- Cáceres, Zoila Aurora.* La campaña de la Breña. Memorias del Mariscal del Perú D. Andrés A. Cáceres. Narración histórica escrita por ... Tomo I. Año 1881. Lima, Imp. Americana, 1921.
- Gamarra, Abelardo.* La batalla de Huamachuco. Lima, 1886.
- García, M. Leopoldo.* Nuestras gestas guerrilleras indígenas. Comas ... en la defensa nacional de la Campaña de la Breña. Lima, Taller de Linotipia, 1937.
- Guerrero, Julio C.* La guerra de las ocasiones perdidas. Lima, Editorial Milla Batres, 1975.
- Gutiérrez de Quintanilla, Emilio.* (Patriotismo y gloria del general Cáceres). Lima, sin imp. 1916.
- Leguía, Jorge Guillermo.* El centenario del Mariscal Andrés A. Cáceres. Biografía escrita por ... Santiago de Chile, Imp. y Lito. "Leblanc", 1939.
- Luna Vegas, Emilio.* Cáceres, genio militar. Miraflores, Librería-Editorial Minerva, 1978.
- Manrique, Nelson.* Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile. Lima, Ediciones CIC., 1981.
- Mendoza Meléndez, Eduardo.* Historia de la campaña de la Breña. Lima, Editorial Milla Batres, 1981.
- Montani, Alejandro.* Artículos Militares. (Guerra del Pacífico). Lima, "La Opinión Nacional", 1907.
- Moreno de Cáceres, Antonia.* Recuerdos de las campañas de la Breña. (Memorias). Redacción por Hortensia Cáceres de Porras. Lima, Editor Carlos Milla Batres, 1974.
- Muñiz, Carlos María.* Historia del patriotismo, valor y heroísmo de la nación peruana en la guerra con Chile. Segunda parte: campaña terrestre. Arequipa, Casa Editora Tipografía Muñiz, 1909.
- Odria, Manuel A.* Campaña de la Breña. En *Revista del Circulo Militar*: Año XXVII, Nos. 9, 10 y 11, pp. 265-279, 91-102 y 199-216, y Año XXVIII, No. 3, pp. 321-327; Lima, IX, XI-1930, y III-1931.
- Pérez Godoy, Ricardo.* Andrés Avelino Cáceres, Mariscal del Perú. En *Revista Militar*: Año XXXIII, No. 11, pp. 2145-2167; Lima, XI-1936.

- Ponce Sánchez, Jesús R.* El asalto de Concepción, 9 de julio de 1882. Huancayo, Emp. Edit. "La Voz de Huancayo", 1959.
- Ríos, N. W. de los.* La batalla de Huamachuco. En *Revista Militar*: Año XXXVII, No. 7, pp. 445-462 (y 4 láms.); Lima, VII-1940.
- Rodríguez, Pedro Manuel.* La batalla de Huamachuco. En *El Comercio*: Lima, 10-VII-1903.
- La campaña de la Breña. El diario inédito de ... Lo publica Pedro S. Zulen. En *Boletín Bibliográfico*: vol. I, No. 10-14, pp. 151-161; Lima, VII-XI de 1924.
- (y Daniel de los Heros). Retirada del Ejército del Centro al Norte de la República y Batalla de Huamachuco. En *América Literaria*: Lima, 20-XI-1902 a 1º-XII-1903.
- San Cristóval, Evaristo.* Mariscal Andrés Avelino Cáceres. En *Revista Militar*: Año XLVIII, No. 4, pp. 73-80; Lima, IV-1951.
- Seoane, Buenaventura G.* (y Guillermo F. Seoane García). El Biógrafo Americano, fundado y redactado por ... Lima, Librería Escolar e Imprenta R. Moreno, 1903. Cf. pp. 289-329.
- Tauro, Alberto.* Inicio de la resistencia en las breñas andinas. En La guerra del Pacífico 1879-1883. La resistencia de la Breña. Tomo I. Lima, Ministerio de Guerra. 1981. Cf. pp. 14-78.
- Zamalloa Armejo, Raúl.* Andrés A. Cáceres. Lima, Editorial Universitaria, 1966.